



ESMALTES DE R. ARRÚE

Los esmaltes de Arrué tienen la jugosidad del país vasco. El es un vasco desterrado voluntariamente en San Juan de Luz—destierro nada duro, es verdad—. La cercanía y, sobre todo, la memoria afectiva impulsan su mano a dibujar caseríos montañeses metidos entre hierbas húmedas y montes recién bautizados por la lluvia; mozas de buen talle y mejor recato; detalles de interior, como una cabecita de mujer ante una ventana de alegres y simples cortinas aje-drezadas.

Sus composiciones, ajustadas al tamaño y forma

de las placas metálicas, principian con un simple motivo—flor o cacharro—y llegan a las más complicadas, pasando por los imprescindibles bodegones. Quisiéramos ver en ellos una menor preocupación o recuerdo de la pintura al óleo. Quisiéramos que sus esmaltes no pudieran parecer cuadros en miniatura. Pero, aparte de esto, encarecemos la sencillez de su composición y de su dibujo, y sobre todo la delicadeza de sus armonías y el fino sabor de su materia.

J. M. V.